

ANTIGUA VAMURTA

LA SAGA COMPLETA



IGOR
KUTUZOV

Antigua Vamurta

ANTIGUA VAMURTA I y II —la saga completa—

Lluís Viñas Marcus
alias
igor kutuzov

Para Gina
Li-

bre, crece una flor en el páramo.

Antigua Vamurta I y II
© Lluís Viñas Marcus 2013

Ilustración de la cubierta: Cristina Viñas Marcus.

Diseño de la cubierta: Cristina Viñas Marcus.

Correcciones: Victoria Untoria Sánchez, Jordi *el Dissortat* y Amparo Granada.

Agradecimientos: A las correctoras de Vamurta, por atreverse a navegar en mares embravecidos en pos de una Ítaca áspera, y a Yvonne-Denise Marcus, mi madre.

Edición: Antigua Vamurta I y II es una autoedición a cargo de su autor, Lluís Viñas Marcus, cuyo pseudónimo ha sido Igor Kutuzov.

Antigua Vamurta adopta las disposiciones de la RAE de 2010: adiós al "sólo", "éste" o "aquéllos", etc.

El registro del libro así como los derechos de propiedad intelectual están inscritos en la Generalitat de Catalunya, Registre de la Propietat Intelectual en 2013.

prólogo del segundo libro *antes de acabar...*

Para algunos Vamurta será algo nuevo, para los que habéis leído Antigua Vamurta Volumen I, con pesar, esto llega a su fin. Termina el ciclo de Vamurta, aunque quizá este universo fantástico perviva un poco más con algún nuevo relato. El libro que tienes en las manos o comprimido en un archivo electrónico está a punto de eclosionar. En algún momento vas a sentir una ausencia que te acecha, pues estarás viajando lejos, muy lejos, por parajes que nadie antes ha transitado. Llegará un momento en que no sabrás dónde estás. En este segundo libro de Vamurta emergen, como una afloración rocosa imparable, la aventura, lo onírico y la magia.

En cierto sentido, Antigua Vamurta es un mundo perfecto, por tanto, irreal. Eso sí, siguiendo dos sendas que discurren en paralelo: la verosimilitud y la fantasía, que en estas páginas agrestes no son excluyentes. Jamás he creído en magos y héroes surgidos de la nada, porque sí. Cualquier ser dotado de habilidades poco frecuentes las posee por el tesón y el esfuerzo en conseguirlas. Y a pesar de los esfuerzos y los trabajos, el tahúr, el azar, pueden decidir la dirección a tomar en una encrucijada.

La aventura baña las playas de este libro, más dinámico, ágil. El deseo de aventura es algo implícito en los seres de Vamurta, está tatuado en su interior. No es otra cosa que necesidad, necesidad de conocer y acumular vivencias. Es el mismo instinto que hace rugir *La Odisea*, *La Anábasis*, el *Tirant lo Blanc*. Está presente en *Mío Cid* y late en *El Señor de los Anillos*.

Otro pilar de la obra es el amor como fuerza vital. Un amor entendido de muchas formas: el deseo del otro, la amistad, la fidelidad. El sentido de lo justo —y aquí Vamurta entronca con los viejos ideales caballerescos—, el cho-

que de civilizaciones, la lucha por el poder y la preeminencia de unas razas sobre otras formas de vida, son algunas de las paredes de carga que sostienen el cielo raso de esta novela. ¿Todo muy antiguo? No. Hoy, en lo único que hemos cambiado es en el grado de sofisticación con el que seguimos estas pulsiones. Sin ser muy consciente al principio, creo que los dos libros de Vamurta contienen una metáfora de la actualidad. Un paralelo entre nuestro mundo y la ficción. Ya sabéis, el buen traductor debe ser un insensato, el inconsciente del escritor, un traidor.

Cuando llegues a la última palabra es posible que lo hagas con pesadumbre. Puede, incluso, que me recrimines por no continuar adelante, perforando nuevos túneles y siguiendo, casi a tientas, los atajos de un bosque que bien pudiera ser infinito. Si esto es así, habrá valido la pena cimentar este mundo fabuloso.

Hay muchas razones que explican el porqué de dos libros y no tres, cinco o siete. El motivo más poderoso son las otras voces. Llevo años sumergido en el lago de aguas turbias, cruzado de vez en cuando por los rayos del sol, de Vamurta. Ha pasado el tiempo, pues, y durante estas primaveras e inviernos otras voces han pugnado por salir a la superficie y, debo, como un jardinero ajetreado en un vergel que no deja de expandirse, roturar la tierra para que dichas voces crezcan y se multipliquen.

No temas por el cierre del libro. La trama está bien urdida con agujas de madera y grafito. Ahora te toca a ti romper el sello invisible y adentrarte en la niebla. No mires atrás.

ÍNDICE DE ANTIGUA VAMURTA

Para ir directamente a cada capítulo usar el hipervínculo (a la derecha) en números romanos.

primer libro de antigua vamurta

Primera Parte. Un mundo encerrado

- 1- Las puertas de la ciudad - [I](#)
- 2- Vivir el sitio - [II](#)
- 3- La espera - [III](#)
- 4- Ermesenda - [IV](#)
- 5- Después del crepúsculo - [V](#)
- 6- Amanecer - [VI](#)
- 7- La caída - [VII](#)

Segunda Parte. Vida en las nuevas tierras

- 8- La travesía - [VIII](#)
- 9- Dasteo - [IX](#)
- 10- El Consejo - [X](#)
- 11- El Águila Negra - [XI](#)
- 12- Orcómeno - [XII](#)
- 13- La sentencia - [XIII](#)
- 14- La señora de las nuevas tierras - [XIV](#)
- 15- Una nueva oportunidad - [XV](#)
- 16- Un punto de encuentro - [XVI](#)
- 17- Los desórdenes - [XVII](#)
- 18- La empalizada - [XVIII](#)

Tercera Parte. Un mundo encerrado

- 19- Una larga huida - [XIX](#)
- 20- Eres invitado - [XX](#)
- 21- Los esclavos - [XXI](#)
- 22- Ciudad de los Lagos - [XXII](#)
- 23- Un nuevo capitán - [XXIII](#)
- 24- Las cartas - [XXIV](#)
- 25- Los mercenarios - [XXV](#)

- 26- La gran cacería - [XXVI](#)
- 27- Cerca del mar - [XXVII](#)
- 28- La fiesta - [XXVIII](#)
- 29- La duda - [XXIX](#)

Segundo libro de antigua vamurta—Dragón Rojo.

Cuarta Parte. Las ciudades libres

- 30- Llegada la noche - [XXX](#)
- 31- Mercurio - [XXXI](#)
- 32- La Avenida del Tardo - [XXXII](#)
- 33- En tierras lejanas - [XXXIII](#)
- 34- El valle de las penumbras - [XXXIV](#)
- 35- Las ciudades libres - [XXXV](#)
- 36- Discordia - [XXXVI](#)
- 37- Oquadé - [XXXVII](#)
- 38- Las Fiestas del Zintan - [XXXVIII](#)

Quinta Parte. El hogar de los errantes

- 39- Nogrog - [XXXIX](#)
- 40- La ruta del oeste - [XL](#)
- 41- Juego de Damas - [XLI](#)
- 42- Las pruebas de Dasteo - [XLII](#)
- 43- El Portal - [XLIII](#)
- 44- La escalera carcomida - [XLIV](#)
- 45- El espejo - [XLV](#)
- 46- Banderas de arcilla - [XLVI](#)
- 47- El gran bosque - [XLVII](#)
- 48- Los Magísters - [XLVIII](#)
- 49- Pan de Bosque - [XLIX](#)

Sexta Parte. Nuevo orden

- 50- Bajo el signo de Onar - [L](#)
- 51- El Palacio de la jungla - [LI](#)
- 52- Las ciudades del oeste - [LII](#)
- 53- Renacimiento - [LIII](#)

- 54- La noticia - [LIV](#)
- 55- Los Tetrarcas piden un precio - [LV](#)
- 56- El halcón de las llanuras - [LVI](#)
- 57- Cerca de Tunador - [LVII](#)
- 58- Los pueblos del mar - [LVIII](#)
- 59- El destino de las voluntades - [LIX](#)
- 60- Mar de Istal - [LX](#)
- 61- El halcón vuela en círculos - [LXI](#)

PRIMER LIBRO DE VAMURTA

Primera Parte

Un mundo encerrado

1

Las puertas de la ciudad

Desde donde se hallaba se podían escuchar susurros que se perdían. Llegaban luces oscilantes, las blancas luces del sol. Hacía calor y sudaba. El dolor de la herida había crecido hasta colmar su cuerpo y doblegar su voluntad. Al entreabrir los párpados, le pareció que unas sombras atravesaban los haces de luz que se proyectaban sobre su cama. Intuyó que no se encontraba solo, que algunos lo acompañaban. Desde el exterior llegaba el rumor de una ciudad, una ciudad que jadeaba asustada. Logró razonar unos instantes. «Los dioses que tanto me han dado, hoy parecen negármelo todo».

Los recuerdos de esos últimos días se entretejían, sumiéndolo en la confusión y la pérdida. ¿Eran palabras lo que oía o el rumor del oleaje? La fiebre volvía a galopar en sus arterias, tiritaba como un niño. Alguien aplicó una tela húmeda y fría sobre su frente ancha. Sintió que la piel, áspera y gris, era refrescada por una leve corriente de aire.

La realidad se fundía de nuevo, esas voces se alejaban, los claros en la habitación desaparecían. Cerró los ojos. Necesitaba ordenar, necesitaba saber dónde se encontraba. De golpe, se incorporó de la cama. Gritó, preguntó por su madre con desespero hasta que flaqueó, desplomándose sobre las sábanas para volver a navegar entre pesadillas. El incienso que se consumía en la estancia aligeraba el peso de sus propios olores, el hedor de un enfermo mezclado con las secreciones de la herida. Volvió a un estado de duermevela, sumergido en un baño de emociones. En aquel rincón de reposo el mundo era un lugar sin tiempo.

Debía de ser muy pronto. Cerró y abrió los puños, se palpó la cara con prudencia, como si concibiera la possibili-

dad de descubrir a otro. Haber perdido el paso de los días y de las noches le producía una vaga sensación de vértigo. La fiebre había remitido. Ahora era capaz de observar su entorno y volver a situarse.

El techo de la cámara era un gran lienzo, escenas de combates de los padres de su pueblo. Se habían aplicado pocos colores. Dominaba una textura ocre punteada de azules y tonos más oscuros. En el centro del fresco, un grupo de hombres grises traspasaban con largas lanzas los esbeltos cuerpos de los murrianos, agrupados en un extremo del mural, dibujados con una idéntica expresión de terror, alineados como si se tratara de un rebaño que espera el sacrificio. Algunos intentaban escapar y eran dibujados huyendo a la carrera hacia el otro extremo del mural, ahí donde se vislumbraba el horizonte bajo el que se distinguían las grandes montañas del oeste. A la derecha estaba representada Vamurta, con su gran anillo amurallado. De la ciudad salían filas y más filas de soldados, los cascos azulados, bajo los estandartes negros y blancos del condado.

Su mirada abandonó el fresco, desplazándose hasta la pared que tenía justo enfrente. Encontró una amplia estantería de roble que llegaba hasta el techo. Ahí se guardaban gruesos volúmenes de cuero viejo. Libros de doctrina religiosa, de ciencia y arte, las Leyes Dantorum, tomos de caza y algún tratado naval.

Era su habitación. Veía el armario de armas abierto a la derecha de la balconada. Tamizada por delgadas cortinas blancas, se filtraba la claridad fría y limpia del amanecer.

El dolor volvía a quemarlo como un fuego sin llama. La pierna. Un dolor negro y silencioso que conseguía romperlo. ¿Qué había pasado? Se retorció sobre las sábanas, cerrando los puños con fuerza. Dejó escapar un alarido. ¿Cuándo? ¿Por qué todo se despedazaba? Sus certezas y recuerdos temblaban. ¿Qué hacía en su propia cama, herido? Sabía que nadie los había visto llegar. Se mesó la negra barba, de pelo liso, después el rostro de piel ligeramente gris, propia de su raza. Estiró el pie izquierdo hasta notar cómo los huesos crujían. Recordó lo vivido, los aconteci-

mientos que se habían sucedido con gran violencia, uno tras otro sin que nadie ni nada los pudiera contener. Los hombres grises no estaban preparados. Nadie había previsto la ofensiva del pueblo murriano.

Le pareció recordar que había despertado dos jornadas atrás en algún punto cerca de la capital, tras la batalla, aunque no estaba seguro. Estaba allí, aturdido sobre hierbajos a merced del viento. Se había medio incorporado sin entender dónde se encontraba. Rememoró el desconcierto de aquel que vuelve a la vida en un paisaje fúnebre que no reconoció. Sombras, manchas de luz mortecina. El cielo, una gran franja azulosa apagándose, se extendía por encima de la línea del montículo que se elevaba frente a sus ojos. El silencio del crepúsculo, cuando los latidos del día se retiran.

Desde su cama recordó ese lugar incierto en el que recuperó el conocimiento. Tras la contienda. Obligado a permanecer de rodillas, mareado, exhausto, atormentado por una terrible sed. No sentía la lengua ni los labios cuando volvió en sí. Sabía que necesitaba agua para abrir esa masa de arena que era su boca. Le llegó un rugir lejano, lamentos diluidos por la distancia. Volvía a caer. Era incapaz de levantarse. Muy confundido todavía, sus manos aterrizaron sobre algo frío y viscoso. Se miró las palmas de las manos. Rojas, aquello que se adhería a su piel gris era sangre. El espanto. El miedo le devolvió los sentidos. Se encontraba rodeado de cuerpos sin vida, se había incorporado de entre los muertos.

Vislumbró bultos, hombres y mujeres cubiertos de barro seco, manchados, algunos agarrados al asta de las lanzas, ahí una mano aferrada al pomo de una espada. Una gran extensión sembrada por los restos de la batalla, un campo reventado, como un naufragio. Cuerpos amontonados siguiendo las ondulaciones del terreno, acariciados por la luz morada del anochecer. Volúmenes inmóviles de los que sobresalían cabezas, banderas arañadas y brazos.

Sobre el manto de los cuerpos inertes, los buitres trazaban amplios círculos hasta aterrizar con gran parsimonia

sobre los cadáveres para desgarrar y tomar su tajada. Oía a su alrededor un aleteo incesante, los grandes pájaros levantando el vuelo, allí había uno dando pequeños brincos entre los muertos. Intentó entender qué había sucedido.

Solo, al pie de una loma de piedras, abrasado por la sed, sucumbió al impulso de remover los cuerpos, frenético, sin percibir el gran hedor que, como una niebla espesa, se adhería a todo lo que estuviera a ras de suelo. Levantaba piernas, giraba barrigas, volteaba corazas, hasta que encontró un pellejo de agua.

No había mucha, dos tragos cortos. Exhaló aire. Inmediatamente después de beber, su olfato percibió todos los matices de la podredumbre. Notó un golpe bajo su esternón, hasta tres veces sintió la subida del vómito...

Consiguió dar dos pasos. Había que subir hasta esa loma. Debía huir de ese lugar.

Eran tres doctores. Enseguida reconoció al joven Ermengol, amigo y médico de palacio. Explicaba a los otros dos colegas el estado del paciente, acompañando las sentencias con leves inclinaciones de cabeza.

—Debilitado, sí. La punta de la lanza le ha arrancado musculatura, no mucha. Por fortuna no ha roto ningún hueso ni las vías de sangre —dijo, a la vez que paseaba arriba y abajo, haciendo oscilar la túnica verde noche de doctor de la corte—. La herida ha sido desinfectada con raíces de osspirrus, lavada y cicatrizada con hierro candente. Hay que esperar. Ver si la carne se pudre o no. El golpe en la cabeza no es nada. Este hombre ha sufrido un cuadro de fiebre alta, de agotamiento físico... Saben los dioses dónde habrá estado estos últimos días...

El diagnóstico había sido más benigno de lo que podría parecer por su aspecto. Los tres médicos guardaron silencio al tiempo que observaban al enfermo, que se revolvió en su lecho, inquieto, sudando y abriendo mucho los

ojos. Los observó un instante con la mirada del ido. Se incorporó con violencia.

—¡La ciudad arderá! ¡Arderá con todos dentro!

—¡Ya habla! —exclamó, sorprendido, uno de los doctores.

—No debéis moveros ni hablar, señor —sentenció Ermengol, empujando suavemente al enfermo contra la cama.

—La ciudad está perdida, ¡escapad! —vociferó, desgarrado.

—¡Rápido, hierbas de Alou! —ordenó Ermengol.

Los vapores de las hierbas lo devolvieron a un sueño profundo.

De aquel sueño nació una densa bruma de la que emergía su ciudad como un navío extraviado. Cuando la urbe ya se había alzado, brillando sobre un mar de estratos nubosos, empezó a resquebrajarse hasta que, de repente, se hundió en muy poco tiempo, como si algo la hubiera aspirado abajo, abajo, mientras él presenciaba el hundimiento, impotente, desde una torre lejana donde se sentía encadenado por un encantamiento que inmovilizaba sus piernas, las manos, su corazón. La imagen se desvaneció. Entonces vislumbró un gran torrente de agua y de entre esas aguas emergía su madre. Parecía muy joven y le hablaba. No podía comprender sus palabras, solo recordaba que le decía algo. Su madre continuaba hablando y hablando y sus labios mojados describían una sonrisa permanente. Lo tomó del brazo y lo condujo a algún sitio.

Era el Palacio de Verano y ya no llovía. Miraban las grandes encinas, de hoja oscura, desde un balcón alto. Ella sonrió y, luego, golpeó su pierna con furia. Dejó escapar un grito de dolor y despertó en sus aposentos.

Apretó las mandíbulas, sus dientes mordieron el aire. En la habitación reinaba la noche. Dos velas ardían sobre la mesa, a su lado un viejo sacerdote dormitaba en una silla con las manos recogidas en el regazo. La herida aún palpitaba punzante, pero su cuerpo cansado parecía haber recobrado un cierto vigor. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿El

sol estaba a punto de asomar por el balcón o era medianoche?

El dolor en la pierna ya no mandaba, era intenso pero podía pensar.

Su mente viajó otra vez hasta el lugar donde volvió a la vida tras el combate. Se hallaba tumbado en la cima de aquella loma. Había llegado hasta arriba y desde allí divisó el amplio valle que se extendía alrededor de las viejas murallas de la capital. Vamurta. Más allá, sobre las finas líneas de las playas, siguiendo la hendidura del golfo en el mar, se destacaban multitud de puntos salpicando el azul cobrizo de las aguas. La flota del condado, la última vía de escape.

El mar era aún territorio del hombre gris, pero no había dudas sobre el descalabro. Decenas de centurias de murrianos formaban alrededor de la gran urbe. Detrás de la infantería enemiga, grandes rinocerontes de tiro, resoplando con fuerza, cargaban sobre sus lomos las largas serpientes de fuego que habían derruido los muros de las ciudades grises del oeste. A la derecha del ejército murriano, y siguiendo el camino de poniente, veía avanzar ocho torres de asedio, que eran arrastradas por el esfuerzo de hileras de bueyes uncidos que, a cada tirón, hacían tambalear esos monstruos de madera.

El cerco estaba casi completado. No podía apartar los ojos de aquel espectáculo ejecutado con absoluta precisión. El enemigo era un enorme hormiguero desplazándose en perfecto movimiento, deslumbrante, el metal de las armaduras arrancando destellos a las últimas luces del día; un hormiguero que cruzaba los extensos rectángulos de los campos de trigo, derruyendo uno a uno los vetustos caserones de los barones erigidos sin orden por el amplio valle verde y dorado de los hombres grises. Los murrianos rasgaban los colores de su condado con las lenguas fulgentes de sus armas. Banderas ocre, el rojo de los incendios provocados en su avance y el negro de las muchas columnas de